

© Prohibida la reproducción total o parcial de este artículo, por cualquier medio o procedimiento, sin el permiso por escrito del autor del mismo.

LA HISTORIA DE MIS CÁMARAS

Lo sé, nunca he querido hablar de mis cámaras. Éstas no han sido sino artilugios para captar aquello que yo consideraba significativo y, por tanto, meras intermediarias entre mi mente y el entorno. Aún así, ellas han sido testigos directos de mi evolución como fotógrafo y me han acompañado en todas esas aventuras que al final han ido creando mi archivo fotográfico. Así pues, esto es un pequeño homenaje a ellas, que nunca me pidieron nada a cambio y que han tenido que plegarse a mis manías y deseos, que han sufrido tantos rigores climáticos como yo y que al final nunca aparecieron en los títulos de créditos de la película. Esto, sin embargo, no es un artículo para promocionarlas (ellas nunca lo necesitaron ni me lo pidieron), es un tributo a una serie de cámaras que se acaban, que han sido desplazadas por aparatos mucho más sofisticados y por una tecnología dictatorial y egoísta. Si todos hemos de *matar al padre*, la tecnología digital lo ha hecho en mucho menos tiempo, pero desgraciadamente parece haberlo conseguido tan rápido que ha olvidado asimilar al menos algunas de sus enseñanzas.

Los comienzos

Mi primera cámara fue una *Yashica FX-3*. Es cierto que no era tan robusta como la *Zenith* rusa, pero cuando al fin la tuve en mis manos fue como ponerme a los mandos de un Airbus 340. Aún así, debo reconocer que en comparación con otras, mi *Yashica* era muy perezosa. No calculaba nada, ni velocidades ni tiempos de exposición (en todo caso medía la luz y no siempre de manera correcta), ni siquiera disponía de programa alguno que permitiese al fotógrafo olvidarse de aperturas y distancias. A cambio no gastaba pilas ni traía libro de instrucciones. En realidad la cámara era tan simple que no necesitaba ser comprendida, lo que pedía a gritos era ser utilizada. Y vaya si la utilicé, durante más de cinco años (sin que le cambiase la pila ni una sola vez) me obligó a llevarla a los lugares más insospechados y durante todo ese tiempo me prohibió flirtear con modelos que no fuesen compatibles con ella. Visto así, la única opción que me quedaba era la adquisición de una *Contax* maltratada y de aspecto desaliñado que me permitía compartir objetivos, incluidos los afamados *Carl Zeiss*.

Debo reconocer que ninguna de mis dos cámaras fueron caprichosas. Se conformaban con carretes al uso, accesorios de lo más corriente y no les importaba utilizar objetivos de inferior calidad. Precisamente por ello comencé comprando teleobjetivos y angulares de segunda mano de marcas absolutamente desconocidas, y por ello tremendamente baratos, que me ayudaron a ir descubriendo qué quería de la fotografía y cómo quería hacerlo. Y este camino me condujo al medio formato. Bueno, no es que me condujese exactamente, es que yo ya llevaba tiempo observando a una serie de personas que manejaban negativos más grandes que mis diapositivas de 24 por 36 mm. En el laboratorio al que habitualmente acudía siempre había alguien mirando al trasluz esos pedazos de película de seis por seis que terminaron convirtiéndose en un misterio fascinante. Todo el mundo lo decía: a mayor negativo más información y mayor capacidad de ampliación. Yo todavía no podía ni imaginar el rumbo que iba a tomar mi trabajo fotográfico, pero tenía claro que quería que mis fotos se viesan bien, con detalle, nítidas: tal y como yo las veía en el campo. En una ocasión, descendiendo un barranco, decidí hacer una foto mientras mis compañeros saltaban a una profunda poza de agua cristalina. Colgado de la cuerda pedí que me lanzasen la mochila donde iba la cámara, con tan mala fortuna que un cálculo erróneo de las fuerzas hizo que aquella se despeñase por la garganta hasta una poza inferior. Recuperarla fue sencillo, pues el bidón donde estaba la cámara evitaba que la mochila se hundiese; sin embargo al abrirlo tuve una visión nada agradable: mi *Yashica* estaba literalmente despedazada, como si hubiera caído en manos de un mecánico obsesivo que desea averiguar, pieza por pieza, cuántos componentes forman ese aparato. Puesto que repararla iba a costar más que el propio aparato, la decisión resultaba obvia. Además, por fortuna, yo ya le había echado el ojo a una nueva compañera de aventuras.

Una nueva etapa

Consciente de que estaba dando un paso importante en mi carrera fotográfica, acudí acompañado de un amigo a la tienda de fotos. Al fin y al cabo, esta no era solamente una cámara de marca muy conocida, era

la cámara de medio formato más prestigiosa del mercado. Además (yo aún no lo sabía), se convertiría con el tiempo en la única que adquirí de primera mano con dinero de mi bolsillo. El caso es que yo deposité un fajo de billetes sobre el mostrador de la tienda y a cambio me llevé un tesoro, o al menos eso nos dijo el chaval que me la vendió. Un tesoro que ni siquiera sabía utilizar. El dependiente (muy buen vendedor, eso hay que decirlo) nos preguntó si estábamos al corriente de su manejo a lo cual no supimos responder más que asintiendo con la cabeza. Éramos demasiado tímidos e inseguros para admitir que estábamos comprando algo que no sabíamos usar. Así pues, dijimos que sí y salimos de la tienda sin tan siquiera haber abierto la caja de color gris. Una vez en casa, pasó un buen rato hasta que descubrí cómo se levantaba la tapa del visor; a partir de ahí un nuevo mundo se abrió ante mí.

Mi cámara de formato medio era célebre, grande, hermosa. Era un pepino, como dicen los moteros (incluso siendo la más baja de su gama). Te sentías bien sujetándola en las manos, incluso sin haber hecho ni una sola foto. Y es que es increíble el poder de la sugestión, y más aún el de la publicidad. Pero aún siendo un pepino, era todavía más perezosa que mi *Yashica FX-3*. Mi nuevo aparato no disponía siquiera de fotómetro, y aunque podía adquirir un visor con uno incorporado, su precio me hizo desistir inmediatamente. Bueno, ahora tenía una cámara más pesada, más lenta y todavía más sibarita. Ella ya no admitía los típicos carretes de fotos, no, ella necesitaba rollos de 120. Ya no utilizaba cualquier objetivo, no, debían ser de una marca concreta. Su chasis era, por supuesto, único y sus complementos exclusivos. Bien mirado, esto me evitó gastos superfluos. Un trípode, una cámara, dos filtros y tres objetivos de distancia focal fija constituyeron durante años mi equipo fotográfico (más un duplicador al cabo de un tiempo). Si algo no se adecuaba al formato, no lo hacía; si los objetivos no me permitían captar algo, no lo captaba; si el filtro no valía, entonces lo dejaba para cuando tuviese el filtro adecuado; si el trípode no llegaba, buscaba otra composición. He de reconocer que las limitaciones eran muchas, pero fueron ellas las que me obligaron a exprimir al equipo y a mi cabeza hasta límites insospechados. Y la sensación de ver una foto bien hecha a ese tamaño era, tal y como decía la publicidad, una auténtica gozada. Fue por entonces cuando empecé a escuchar eso de: “con ese equipo ya podrás”, pero esto es parte de otra historia que ya he contado.

Definitivamente, la lentitud de trabajo de mi nuevo aparato supuso un cambio para mi forma de trabajar. Ya no podía hacer fotos espontáneas, ya no podía correr con ella tal y como hacía con mi primera réflex, ya no podía llevarla colgada como si fuese un tamagochi. Es cierto que la llevé a sitios insospechados, que cruzó fronteras y coronó cimas y collados, pero de alguno de ellos volvió tocada, y es que su peso no era el adecuado para ciertas “aventuras”. Ella, debo reconocerlo, nunca se quejó, pero cada vez que la llevaba al médico a mi me costaba un riñón. Así pues, además de que el trípode se hizo casi imprescindible, esto favoreció sobre todo mi/una transición hacia una fotografía más pensada, mucho más elaborada. Cargar la cámara a la espalda suponía que iba en busca de algo, a veces muy concreto, otras veces más etéreo, pero siempre con una idea en la cabeza. Se acabaron los paseos *a ver que encuentro* con la cámara en la mochila. Si sólo iba a explorar, entonces iba ligero; una vez que sabía lo que quería, entonces el equipo de fotos era el protagonista de la salida. La tortilla y la cámara dejaron de salir juntas al campo, si iba a disfrutar me llevaba la primera, si iba a trabajar cargaba con la segunda. Con el tiempo el peso se volvió un factor decisivo y mi espalda era la primera que me lo recordaba cada vez que salía a hacer fotos. Pero aún así, el peso no fue suficiente para renunciar a mi fascinación por los grandes formatos, la influencia de algunos fotógrafos norteamericanos me hizo fijarme en esas cámaras que tienen muchas más similitudes con una caja de zapatos que con los modernos artilugios electrónicos. Además, debo reconocer que siempre me he dejado seducir por la épica de esos autores que cargaban sobre mulas su equipaje y regresaban después de tres semanas de travesía con las alforjas vacías y los chasis llenos de imágenes listas para revelar. Definitivamente, lo importante era el viaje, no el destino.

La cámara más caprichosa

Mi última cámara es, con diferencia, la más caprichosa de todas. No es que sea aún más grande, más pesada y más lenta (que lo es), lo peor de todo es que es de gustos todavía más exquisitos. Las placas que utiliza son bastantes más caras que los carretes de las anteriores y los objetivos que le gustan doblan el precio de los que usaba en la de formato medio. Exige mochilas de mayor tamaño y no permite que se la coloque sobre cualquier trípode. Un aparato tan exigente le obliga a uno a ser todavía más selectivo si no quiere arruinarse intentando colmar los deseos de semejante dinosaurio. Por lo tanto, esta cámara ha tenido que conformarse con tres objetivos y una media de imágenes por año que no llega al medio centenar. Su elevado estilo de vida me ha obligado a ser cada vez más selectivo, a no mirar por mirar y a no probar por probar. Al fin y al cabo ya había ensayado bastante durante más de diez años, ahora lo que se imponía era captar aquello que deseaba.

Las restricciones de mi *caja de zapatos*, sin embargo, se compensaban con su fortaleza. Precisamente, la segunda vez que la saqué al campo localicé en Pirineos un tramo de río desde donde fotografiar el reflejo de los árboles ya vestidos de otoño iluminados con la primera luz de la mañana. Yo estaba acostumbrado a emplazar mis cámaras en los lugares más insospechados, pero mi última adquisición no parecía estar muy cómoda en medio de la corriente. Sólo bastó que un rebaño de ovejas atravesara el río cerca de donde estábamos para que decidiese tirarse de cabeza al agua. Resultado: un aparato roto y completamente empapado de agua. Sin embargo, con un mes de viaje por delante, volver a casa y pedir prestada otra cámara no era ni mucho menos un plan seductor. Opté por dejarla secar durante el resto del día y comprobar más tarde cómo se encontraba. Para mi sorpresa, no sólo volvió a funcionar tal y como lo hacía antes del accidente, sino que la rotura de uno de los tirantes delanteros que sujetan al objetivo únicamente afectaba de forma mínima al enfoque, lo cual podía compensarse utilizando las aberturas más pequeñas. Así pues, al día siguiente y tras una cura de emergencia con un alambre y un trozo de cinta, el viaje prosiguió como si no hubiera pasado nada. ¿Las fotos? Perfectas. Es decir, técnicamente perfectas. Si fueron buenas o malas ya depende del punto de vista de cada uno.

Cuatro cámaras y veinte años

Así pues, he utilizado cinco cámaras en cuatro lustros, digamos que una cada cuatro años, lo cual es un balance bastante óptimo si tenemos en cuenta que en mi caso cambiar de aparato no significó cambiar de estilo ni de temática. Cada cámara, eso sí, representa un periodo de mi trayectoria fotográfica, pero no necesariamente una mejora técnica. Al contrario, desde mi querida *Yashica FX-3* hasta mi actual cámara de gran formato, lo que he hecho ha sido cerrar el círculo (“back to the roots” que dirían los ingleses), salir de lo simple y volver a lo simple. Y digo cerrar el círculo porque he terminado volviéndome tan perezoso y sibarita como mis propias cámaras. Sólo fotografío aquello por lo que siento algo, ¿el qué?, es imposible de explicar, igual que es imposible enseñar a ver ciertas cosas. Como ellas, no busco la imagen inmediata, esa que aparece de improviso sin que apenas sepamos por qué ha surgido ni cómo (aunque, por supuesto, nunca la desdeño); al contrario, prefiero esas otras que brotan de la interacción entre mi mente y lo que me muestra el entorno, que surgen cuando vuelvo a un lugar por segunda, tercera o cuarta vez esperando que aquello que he imaginado se manifieste delante de mis ojos. Y entonces, sólo entonces, mi cámara, que ha aprendido cuándo deseo captar algo y cuándo no, se coloca en medio y expone un trozo de película al espectáculo que la naturaleza nos ofrece. Y si la foto no me gusta, nunca le echo la culpa al aparato, simplemente pienso que en esa ocasión no supe diferenciar entre el deseo de ver y el deseo de fotografiar, pues el segundo implica al primero, pero éste no ha de estar asociado necesariamente al segundo.

Este es mi tributo a una serie de aparatos que me han obligado a no depender de los circuitos integrados, que me han librado de permanecer días enteros delante de la pantalla del ordenador, que me han permitido hacer cientos de fotos a lo largo de los años sin preocuparme siquiera de los desvaríos del mercado. Por todo ello, esto es un artículo de agradecimiento a ellos, que me han dejado libre para estar pendiente de la luz y no de la electrónica, que han liberado a mi bolsillo de la dictadura de un mercado absolutamente despreocupado de nosotros, los usuarios; unos aparatos que me han brindado la posibilidad de centrarme en lo que tenía delante de los ojos y no en lo que tenía entre las manos, la posibilidad de invertir mucho más tiempo en crear que en editar. Es un tributo a esas cámaras que me permitieron emanciparme de ellas y no me ataron a sus faldas, como una madre dependiente, para sentirse seguras; a unas cámaras que me obligaron a volver a lo sencillo, una sencillez (sin motor, sin autofocus, sin medición matricial, sin rebobinado automático, sin programas predeterminados, sin consejos enlatados) que me ha devuelto a mi sitio, a ser el auténtico protagonista de mis imágenes. ¿Qué si habría hecho las mismas fotos de no haber cambiado jamás de cámara? Puede. ¿Por qué lo hice entonces? Porque a veces hay que cambiar para poder seguir haciendo lo mismo. Mejor dicho, porque a veces uno ha de cambiar para darse cuenta de que lo importante no es lo que ha comprado, sino lo que es capaz de hacer con ello.

Esta, por tanto, ha sido la historia de mis cámaras, parte de mi propia historia. Sé que ellas también han condicionado de alguna manera mi carrera fotográfica, pero también soy consciente de que al elegir las a ellas elegí una forma de hacer fotos, una manera de vivir mi pasatiempo favorito y una filosofía a la hora de encauzar mi trabajo creativo. Ahora sé que al elegir las a ellas, elegí la calma, la reflexión y la independencia.

© Fernando Puche

(Publicado en el número 206 de la revista FV)

www.fernandopuche.net